



La educación ambiental en la práctica: *El agua, en manos de los niños*



Los niños de la escuela Darío Figueroa reciben un taller de educación ambiental en el Cachaco, Amaguaña. Los instructores del FONAG explican la importancia del agua.

Fotos: Mónica Orozco

“El agua es vida” Para muchos puede parecer una frase trillada, pero no para un grupo de jóvenes del Fondo para la Protección del Agua (FONAG), una organización sin fines de lucro, que se ha propuesto enseñar a los niños a cuidar este precioso recurso.

La tarea empieza a las 09:00, en la represa de la Empresa Eléctrica Quito, ubicada en San Rafael, a una hora de Quito. Una piscina de agua turbia, con basura flotando en su superficie, recibe a 40 niños de la escuela Darío Figueroa, de Sangolquí.

El paisaje impresiona de inmediato a los pequeños: “¡Un animal muerto!”, grita uno de los chicos. “Huele como a plastilina”, comenta otro. En este sitio la empresa realiza un proceso para retener los desechos sólidos de las aguas del río San Pedro, antes de que estas ingresen a las turbinas de la planta de generación eléctrica de Guangopolo, aguas más abajo.

Precisamente, la idea es llamar la atención de los niños sobre el impacto de la contaminación que

genera el ser humano en los ríos. Allí mismo, Karla Banderas y Marcelo Armijos, mediadores pedagógicos del Programa de Educación Ambiental Guardianes del Agua del FONAG, arman un escenario con telas y, con la ayuda de títeres, explican a los niños por qué el río llega en esas condiciones hasta ahí.





“Es muy difícil que los adultos cambien una actitud generalizada de desperdicio, de despreocupación por el líquido vital. Con los niños no es así: con los pequeños se busca incidir en el presente, para crear una Nueva Cultura del Agua”, explica Alejandro Christ, coordinador de Educación Ambiental del FONAG, quien observa desde lejos el espectáculo.

Donde termina el concreto, la naturaleza comienza

El bus que transporta a los niños sigue su trayecto río arriba hasta el Parque Ecológico Kachaco, en Amaguaña. El parque se ubica a orillas del río San Pedro, cuyas aguas en este punto lucen limpias y rodeadas de una vegetación totalmente verde: Kachaco significa agua salada en lengua quichua, debido a las vertientes con un alto contenido de sales minerales que se hallan en los alrededores de este sitio.

Rafael Loachamín, uno de los guardaparques, recibe a los niños. Cuenta que hasta hace unos años el sitio era un basurero. Junto a un grupo de amigos y con el apoyo financiero de la Fundación Ecológica Jasduc, Loachamín se propuso recuperar el sitio.

Divididos en tres grupos, los niños recorren el lugar. Loachamín toma a su cargo uno de ellos. Formando un círculo, pide a los chicos que despierten sus sentidos y luego que toquen la hierba, los árboles, las piedras...

“Es un complemento para la escuela, esta experiencia es totalmente vivencial, los estudiantes no se olvidan de esto, aprenden a amar la naturaleza”, dice Norma Quishpe, profesora de la escuela Darío Figueroa, quien también asiste a la gira de observación.



El siguiente paso es visitar el vivero del parque. Allí, Marcelo Armijos explica a los niños el valor de los árboles endémicos y las especies de animales, especialmente aves, que viven en ellos. Les pide que mastiquen hojas de Arrayán. Su sabor es amargo, pero la experiencia sirve para explicarles que masticar estas hojas era una técnica utilizada antiguamente por los indígenas para limpiar sus dientes.

Luego, con la ayuda de material interactivo, Karla Banderas mostrará la diferencia entre basura orgánica e inorgánica y cómo los chicos pueden colaborar desde su casa para no desperdiciar ni contaminar el agua.

Los niños reciben su segundo bautizo

A través de un sendero, los niños bajan hasta una especie de cueva. Allí serán bautizados como guardianes del agua. Se trata de un acto simbólico, a través del cual el FONAG espera conseguir un compromiso de parte de los pequeños.

“Aunque ya compré las bombas, desde este año no voy a jugar Carnaval”, “voy a cerrar la llave de agua mientras me cepillo los dientes”, “no voy a botar aceite por el lavabo de la cocina de mi casa”, “no voy a cortar árboles”, dicen convencidos los pequeños mientras Rafael moja sus cabezas con una rama.

Al final del recorrido, el premio para la escuela son tres árboles de Pumamaqui, que deberán ser sembrados y cuidados por los niños. Sidney Morales, de 10 años, cree que no deben sembrarlos en la escuela. “Es que yo les conozco a los de mi escuela, lo van a dañar, mejor sembrarlo en el parque o en mi casa”, dice.

Ni Marcelo ni Karla han escuchado esta reflexión, aún así la frase no deja de ser un premio, una muestra de que su trabajo dará frutos.



Los niños somos escuchados



Jordan Sánchez
(11 años)

“Me pareció interesante (la visita), también algo raro porque había plantas raras. Fue divertido cuando nos bautizaron, me causó mucha emoción lo que nos dijo el guía del parque y creo que debemos cuidar el agua porque otra gente no tiene”.



Sidney Morales
(10 años)

“Me pareció muy bueno porque aprendí que no hay que desperdiciar el agua. Hice el compromiso de no jugar con el agua en Carnaval porque es malgastar el agua. Me gustó el camino que recorrimos al final, la tierra estaba suave, llena de agua, parecía que flotaba”.



Valeria Pinargote
(10 años)

“Cuando fuimos al bautizo, los instructores nos contaron que aquí, en Ecuador, estamos desperdiciando el agua y en África las personas no tienen agua y tienen que tomar la orina de los animales para sobrevivir. Me dio pena escuchar eso”.

Datos adicionales

- ▶ Para llegar a los más pequeños, el FONAG también elaboró un CD con canciones que motivan el cuidado del agua. Este material se entrega a las profesoras que acompañan el recorrido para que lo utilicen en la escuela.
- ▶ En 2009, el FONAG realizó 80 giras de observación, que contaron con la participación de 4000 niños.
- ▶ Las giras están dirigidas a niños de entre 10 y 11 años, debido a que, según estudios, los niños de esta edad están aptos para absorber y retransmitir los conocimientos, dice el FONAG.